

de varios colores, recamados de oro, sandalias, guantes y otras prendas de este orden. En algunos códices de Ripoll se encuentran datos análogos.

En punto á costumbres, vida doméstica y otros particulares, siendo la mayoría de los documentos que hoy podemos utilizar como fuentes, del siglo XI y posteriores, haremos su descripción en la siguiente época.



Tercera época.—Las grandes conquistas cristianas (siglos XI á XIII)

216. Carácter general de la época.—Los años que corren desde comienzos del siglo XI á mitad del XIII, marcan un período perfectamente caracterizado en sí mismo y en relación con los tiempos anteriores. Hasta entonces, política y socialmente representan en España el elemento principal los musulmanes. Su poder es el más fuerte; su civilización la más brillante y desarrollada. Los estados cristianos se mantienen con dificultad en los territorios primitivos, con breves alternativas de progresos militares poco estables. Las ventajas que adquieren son escasas, y, en cambio, más de una vez se ven obligados á retroceder ante el empuje de las armas musulmanas. Su civilización es rudimentaria, y, á pesar de excepciones individuales no muy abundantes, notoriamente inferior á la que existe en los territorios mahometanos, merced á la concurrencia de elementos indígenas y orientales.

Desde el siglo XI al XIII, la escena cambia por completo. El Estado musulmán se disgrega y debilita, y en cambio los cristianos, tomando con gran fortuna la ofensiva, ensanchan considerablemente sus fronteras, realizando las grandes conquistas peninsulares que dejan reducido el poder musulmán á estrechos límites en el S. de Andalucía. Al propio tiempo, las mayores relaciones con países europeos y el mayor bienestar consiguiente

á una seguridad política y personal más garantidas, hacen que se extienda el comercio y que se acumulen grandes condiciones de cultura que darán su fruto en la época siguiente. En la constitución interna, social y política de los territorios cristianos produciéndose también cambios de gran trascendencia; y, finalmente, aunque sin desaparecer las diferencias entre los diversos reinos constituidos, las relaciones entre ellos son más íntimas y se reconoce mejor la homogeneidad de sus intereses, produciéndose fusiones parciales que á mitad del siglo XIII dejan reducida la representación política de España á dos grandes Estados: el de Castilla en el O. y C., y el de Aragón-Cataluña en el E., aparte del decaído reino de Navarra. El período actual no termina exactamente á la vez en aquellos dos principales Estados, por mediar 24 años de diferencia entre la muerte de los dos grandes monarcas conquistadores, Fernando III y Jaime I.

I—HISTORIA POLÍTICA EXTERNA

LOS ESTADOS MUSULMANES

217. Los reinos de Taifas.—No podría explicarse la historia militar de los Estados cristianos en esta época, sin conocer la de los musulmanes, puesto que á su disgregación y decaimiento político se debió en gran parte el éxito de las conquistas de aquéllos.

Sabemos ya que en los últimos años del reinado de Hixem empezaron á sublevarse y á declararse independientes muchos gobernadores y generales del territorio musulmán. Con el desmoronamiento de Hixem y la proclamación de la república aristocrática en Córdoba, se consumó el movimiento, formándose varios pequeños Estados, conocidos con el nombre de reinos de *taifas*, palabra que significa, en árabe, pueblo, tribu ó cuadrilla. Fueron estos reinos en gran número (23), hasta fines del siglo XI; pero de ellos basta citar, como más importantes, los siguientes: el de Córdoba; el de Sevilla, territorio constituido primeramente bajo el régimen republicano y luego bajo el monárquico; el de Málaga, en que reinó una familia principal llama-

mada de los Hamdumitas; el de Granada; el de Almería; el de Denia y Baleares, famoso por su marina y por las expediciones corsarias que hizo á las islas del Mediterráneo y costas de Italia; el de Zaragoza, con la familia aristocrática de los Beni-Hud; el de Toledo y el de Badajoz. La mayor parte de los nuevos soberanos eran generales eslavos ó berberiscos; á los primeros pertenecían los territorios del E. (Almería, Denia, etc.), y á los segundos el Mediodía y O. (Málaga, Granada, Badajoz y también Toledo). Dados los antecedentes de lucha encarnizada entre berberiscos y eslavos, no era infundado suponer que los nuevos reinos estarían en guerra continua unos con otros para dominarse mutuamente. Y así pasó, en efecto, hasta fines del siglo XI, en que mudaron las condiciones políticas. Los reyes de taifa se exterminaban unos á otros sin piedad; y si bien algunos, como el de Zaragoza, el de Denia, el de Badajoz, se mantuvieron bastante apartados de estas luchas, no dejaron de sufrir las consecuencias de las empeñadas ciegamente entre los soberanos del S., especialmente Granada, Málaga y Sevilla. La aspiración de todos era ser *califas* con pleno poder en la totalidad de los antiguos territorios musulmanes; de tal manera, que á mediados del siglo hubo cuatro príncipes que á la vez usaban aquel título.

El pormenor de estas luchas no nos interesa ni nos es dado exponerlo aquí. Basta conocer las líneas generales y, sobre todo, el resultado político que produjeron con relación al poder musulmán y á la reconquista cristiana.

218. Predominio del reino de Sevilla.—La preponderancia se declaró bien pronto de parte del reino de Sevilla. Constituida en república la ciudad con su territorio en 1023, comenzó á regirla el cadí Abul Cassim Mohammed, de la familia árabe de los Abbaditas, recientemente incorporada á la clase noble por sus riquezas y por el gran prestigio militar, literario y religioso, del padre de Abul-Cassim, Ismael. El cadí, ambicioso, astuto, de grandes condiciones intelectuales y de voluntad enérgica, se propuso dominar primero en Sevilla y luego en toda Andalucía. Consiguió lo primero muy pronto, no obstante la forma republicana del gobierno, anulando á sus compañeros en la especie de Junta ó Senado aristocrático que se constituyó á petición suya. Comprendiendo en seguida que, dados los tér-

minos de la lucha entablada entre los musulmanes, y siendo los enemigos más peligrosos por su poder los reyes de procedencia berberisca (Málaga, Granada), convenía estrechar los vínculos de todos los eslavos y árabes para formar un gran partido sobre cuya base se reconquistara la supremacía, se le ocurrió levantar de nuevo la bandera de los Omeyas, como lazo de unión. Al efecto hizo crear, valiéndose de un esterero de Calatrava que se parecía mucho al último califa Hixem II, que éste había reaparecido, acogiéndose á Sevilla y nombrando al cadí su primer ministro. La estratagema dió resultado, porque el supuesto califa fué reconocido por los reyezuelos de Carmona, Valencia, Denia, Tortosa y por la misma república de Córdoba. Reforzado con estos elementos, pudo oponerse con ventaja, primero, al príncipe Yahia de Málaga, jefe entonces del partido berberisco, derrotándolo, y luego al príncipe Badis de Granada, que sustituyó á Yahia y á los de Málaga en la jefatura de los berberiscos.

Muerto el cadí en 1042, su hijo y sucesor Abbad, por sobrenombre *Al-Motadid*, personaje de tan notables condiciones políticas como su padre, pero más brutal, sanguinario, vengativo y vicioso que éste, siguió el mismo plan, combatiendo contra Badis y otros príncipes, y apoderándose de las ciudades y distritos de Mértola (en Portugal), Niebla, Santa María de Algarbe, Ronda, Morón, Arcos, Jerez y Algeciras, y anulando en gran parte el poder de los reyes de Badajoz. Con esto, los Abbaditas eran, en 1058, dueños de toda la región occidental de los territorios musulmanes, y tenían aliados en el E. por la parte de Valencia y Denia.

Estas guerras interiores no dejaban á los musulmanes tiempo ni energías para batallar contra los cristianos, que precisamente por entonces atacaban con gran decisión á sus enemigos. Así, que la mayoría de los reinos de taifas, para alejar este peligro, tuvieron que reconocer cierta soberanía en los reyes de León y Castilla, pagándoles tributo, y lo mismo hizo el de Sevilla. Al-Motadid, después de sus conquistas, creyó llegado el momento de prescindir de la superchería inventada por su padre, y publicó que Hixem II había muerto y que en su testamento le había nombrado á él emir de toda la España

árabe. Su hijo Al-Motamid, que le sucedió (1069), llevó á su mayor grado la preponderancia de Sevilla, conquistando la ciudad de Córdoba (que quería también para sí el rey de Toledo) y el reino de Murcia; de manera, que la mayor parte de la España árabe pertenecía á los Abbaditas, salvo los reinos del N. y E. (Zaragoza, Albarracín, Valencia, Denia, Alpuente) y los de Almería, Toledo, Granada, Málaga y Badajoz, con algún otro de escasa importancia que se mantenía independiente, pero oscuro. Motamid, á la vez guerrero y hombre de gran cultura, protector decidido de los literatos y notable poeta él mismo, hizo también de Sevilla (ayudado por su ministro Aben-Amar, no menos literato que él) un centro de ilustración, que recordaba sin menoscabo los buenos tiempos de Córdoba bajo los califas.

Esta preponderancia, mal vista por los demás reyes de taifas, y las victorias que alcanzaron por entonces los cristianos apoderándose de poblaciones tan importantes como Toledo, y Valencia, después de haber conquistado Coimbra, Viseo, Lamego, Barbastro y otros puntos, produjeron la invasión en España de un nuevo pueblo musulmán, que por entonces comenzaba á ser poderoso en África, y hacia el cual, como de costumbre, dirigieron sus miradas los príncipes españoles; quienes de tal modo temían á los cristianos, sintiéndose débiles para resistirles, que llegaron á opinar por el abandono del país.

219. Los Almorávides.—Conocemos cuán ligada ha estado siempre la historia política de nuestra península con la del N. de África, y cómo esta relación no se rompió ni aun en la época de los grandes califas de Córdoba, quienes más de una vez tuvieron que contrarrestar el poderío de los musulmanes africanos, ó les pidieron fuerzas para sus luchas interiores y para la organización de su ejército. Desde que el N. de África se había declarado independiente del califato oriental (§ 150), el elemento predominante allí era el berberisco, porque éste formaba la base de la población indígena. Diferentes tribus y familias habían ido constituyendo distintos reinos, á veces muy poderosos, como el de los Fatimitas, con quienes lucharon Abderrahmán III y sus sucesores. En el último tercio del siglo xi, se levantó un nuevo poder político en África: el de los berbe-

riscos del Sahara, cuyo núcleo fué la tribu de los Lamtunas, movida á la guerra por las predicaciones de un alfaquí llamado Abdalá, que se dolía de la falta de entusiasmo religioso de los musulmanes. Convertidos á la religión de Mahoma y fanatizados los Lamtunas, se lanzaron á la conquista del África, tomando el nombre de *morabetyñ* ó Almorávides (que quiere decir *hombres religiosos*) y logrando fundar un vasto imperio que se extendía, á fines del siglo, desde el Senegal hasta Argel. El jefe ó emperador de los almorávides, contemporáneo de Motamid, llamábase Yúsuf-ben-Texufín ó ben Taxfin, y con él mantenían relaciones algunos de los reyes de Taifas y hasta le habían pedido en diferentes ocasiones que les ayudara contra los cristianos.

Sin embargo, cuando se formalizó el peligro y pensaron los reyes de Taifas en solicitar de común acuerdo el auxilio de los Almorávides, algunos vacilaron, porque en general tenían pocas simpatías por los nuevos dominadores de África, gente fanática que hacía notable contraste con los descreídos, pero ilustrados musulmanes españoles. Veían éstos, además, en el gran poderío de aquéllos, un peligro, un arma de dos filos, que podía volverse contra los musulmanes españoles. El peligro más próximo, que era el de los cristianos, decidió por fin á los reyes andaluces, y el propio Motamid expresó muy bien la fuerza de las circunstancias cuando, advirtiéndole su hijo Arraxid de las graves consecuencias que podía traer para los príncipes españoles la venida de los Almorávides, le contestó: «Todo eso es verdad; pero no quiero que pueda censurarme la posteridad de haber sido causa de que Andalucía sea presa de los infieles. No quiero que mi nombre sea maldecido en todas las cátedras musulmanas; y si tengo que elegir, prefiero ser camellero en África que porquero en Castilla». Envióse, pues, á Yúsuf una embajada formada por cadíes de Badajoz, Sevilla, Granada y Córdoba.

220. Invasión de los Almorávides.—Los embajadores conferenciaron con el emperador almorávid Yúsuf, invitándole, en nombre de sus soberanos, á venir á España con un ejército, bajo la condición, entre otras que no se conocen, de obligarse con juramento á no quitar sus Estados á los príncipes andalu-

ces. Yúsuf prestó el juramento, pero exigió se le diese la plaza de Algeciras. No queriendo dársela por su propia autoridad los embajadores, Yúsuf les dejó ir sin darles respuesta definitiva; mas á poco, amparado por una declaración de sus alfaquíes que le reconocía el derecho de apoderarse de Algeciras si no se la cedían buenamente, se presentó con fuerte escuadra y logró que las tropas de Motamid, que guarnecían aquella ciudad, la desalojaran. Luego, habiendo fortificado Algeciras y dejado allí tropas, se dirigió á Sevilla, donde se le unieron soldados de los reyes de Granada, Málaga y Almería. Con todas estas fuerzas marchó Yúsuf á Badajoz, donde se juntaron á él más soldados del rey de este último punto. No lejos de allí, en un lugar que los Musulmanes llamaban Azagal (Zalaca, nombre que hoy se conserva), encontró Yúsuf al ejército del rey de León (entonces Alfonso VI) que venía á buscarle. Se dió la batalla (Octubre de 1086), y los cristianos fueron vencidos con pérdidas enormes. Por el pronto, sin embargo, los musulmanes no recogieron todo el fruto que prometía esta victoria, porque Yúsuf recibió la noticia de haber muerto su primogénito y se volvió á África, no dejando en España más que un cuerpo de 3,000 hombres al mando del rey de Sevilla, Motamid. Los cristianos, además de las grandes pérdidas sufridas en Zalaca, hubieron de evacuar á Valencia (que habían conquistado antes) y abandonaron el sitio de Zaragoza. Los reinos de taifas que pagaban tributo al rey de León y Castilla, se vieron también libres de este gravamen.

No obstante, los cristianos seguían siendo un peligro, especialmente por el E., donde, gracias á un fortísimo castillo que poseían, llamado de Aledo y sitiado entre Murcia y Lorca, amenazaban continuamente á los musulmanes cercanos, destruyéndoles los campos y llegando á sitiar la ciudad de Almería. Motamid se dirigió contra Aledo con sus tropas y las dejadas por Yúsuf; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces se pensó de nuevo en los Almorávides, y esta vez la idea era popular, acariciada por todos, y especialmente por los alfaquíes y notables de la región oriental. La victoria de Zalaca había dado á Yúsuf gran renombre y estimación entre los andaluces, y en particular entre los individuos del clero y los fanáticos. Después del mal éxito de la expedición contra Aledo,

se vió bien que sin auxilio extraño nada podían los príncipes andaluces. Llamado el almorávid por el propio rey de Sevilla, desembarcó de nuevo en la primavera de 1090 con fuerte ejército y puso sitio á Aledo. Acudieron los castellanos al socorro, y Yúsuf se retiró sin presentar batalla; pero el fuerte había quedado tan maltrecho del sitio, que Alfonso lo abandonó, incendiándolo. Con esto, se consiguió lo que querían los musulmanes, aunque sin gloria para ellos.

221. La dominación almorávid.—Mientras tanto, la opinión seguía pronunciándose á favor de Yúsuf y en contra de los príncipes andaluces. El pueblo, con sentido práctico natural, comprendía que sólo bajo el poder fuerte del emperador almorávid gozaría de paz y mejoraría su condición, siendo preferible tener un solo amo á tener muchos. Los alfaquíes, quejosos de la tibieza religiosa de los reyes de taifas, que permitían la libre predicación de ideas heterodoxas, creyeron ver en el reinado de Yúsuf el cambio completo de cosas, siendo ellos los que dominarían entonces: así es, que intrigaban todo lo posible para que Yúsuf se determinase á destronar á los príncipes andaluces; y aunque éstos advertieron las intrigas y castigaron á varios alfaquíes, el propósito se consiguió. Yúsuf á quien habían seducido la hermosura de la tierra de España y las riquezas de algunos de los príncipes, se dirigió al cabo contra ellos y los venció, arrojándolos de sus tronos y proclamándose señor de España (1090-91). Sólo se conservó como rey el de Zaragoza, reconociendo la soberanía de Yúsuf; pero tan sólo por pocos años, pues el sucesor de Yúsuf, Alí, se hizo también dueño de Zaragoza. Así volvieron á la unidad política los territorios musulmanes. En 1111, toda la España musulmana, excepto Rueda, pertenecía al príncipe almorávid.

Sobre los musulmanes, la gobernación de los Almorávides fué buena en un principio. Las contribuciones se rebajaron, el pan y demás artículos de primera necesidad iban baratos y se gozaba de sosiego. Pero al poco tiempo variaron las cosas.

Lo emperadores almorávides sucesores de Yúsuf, Alí (1106-1143) y Texufín (1143-1145), no adelantaron un paso la reconquista del antiguo poderío musulmán. Salvo el abandono de Aledo y la toma de Valencia y algunas otras poblaciones ó

castillos de poca importancia, la dominación musulmana no avanzó apenas, aunque por la parte de Castilla y de Portugal la guerra fué continua y se dieron grandes batallas favorables á los invasores. Toledo siguió siendo de los castellanos, y en 1118 Zaragoza cayó en poder de los aragoneses. Los guerreros almorávides, enriquecidos por el botín de los reyes de taifas, se debilitaron, y entregáronse á una vida perezosa, llena de deleites.

Alí se dejaba manejar por una de sus mujeres, la cual (como otras de varios dignatarios de la corte) daba los empleos por dinero; de suerte, que el pueblo llegó á burlarse del soberano y los nobles á pretender destronarlo. La seguridad personal era nula: en las ciudades y en los campos abundaban los ladrones; el comercio se paralizó, y los víveres no eran ya baratos como al principio. En estas circunstancias ocurrió en África una tremenda sublevación que puso desde el primer momento en peligro el poder de los Almorávides.

222. Los Almohades.—Los sublevados eran moros habitantes de las montañas del Atlas marroquí, gentes salvajes, sin cultura ninguna, fanatizadas por un pretendido reformador religioso que había tomado el nombre de Mahdí, anunciado por Mahoma. Los nuevos creyentes se llamaron Almohades (*Almuhhidún*, esto es, «unitarios») aludiendo á sus creencias; y como eran hombres atrevidos, robustos y enérgicos, atacaron con brío á los Almorávides (1125) para apoderarse del Imperio de África. Muchas de las tropas que estaban en Andalucía tuvieron que acudir á defender los territorios africanos, con lo que los españoles quedaron muy desguarnecidos.

Al propio tiempo, los musulmanes de España, muy descontentos de sus monarcas (quizá por motivos religiosos), producían diferentes sublevaciones en Mértola, Córdoba, Murcia, Valencia y otros puntos. El mismo afán que se tuvo antes por destronar á los reyes de Taifas, se tenía ahora por sacudir la dominación almorávid; y para conseguirlo se pensaba sin repugnancia incluso en someterse al rey de Castilla y pagarle tributo, como en tiempos de Motamid. Formáronse estados independientes en el Algarbe, en Córdoba y en Murcia y Valencia, hasta el punto de constituir, como dice un autor, «un

segundo período de reyes de Taifas»; siendo los principales de estos reyes Abencasi, Abenhamdín, Abenhud Almpstansir (ó Zafadola) y Abenmerdanix ó el rey Lobo: estos dos últimos muy mezclados, como veremos, en la historia de los reyes cristianos.

Los Almohades se encargaron de resolver la situación. Habiendo vencido en África á los Almorávides y destruido su poder, vinieron á España (1146) llamados por Abencasi, y se apoderaron sucesivamente de Tarifa, Algeciras, Gibraltar, Jerez, Sevilla, y otras poblaciones del S. Casi todos los reyezuelos rebeldes de Portugal, Extremadura y S. de Andalucía, se sometieron en 1150; y aunque los de Levante tardaron más, en 1172, con la sumisión del hijo de Abenmerdanix que dominaba en Murcia, rigen los Almohades todos los territorios musulmanes de la Península. El emperador almohade, que residía en África, vino á Sevilla (1172) por algún tiempo; pero en general hubo en España un gobernador; con lo cual quedó en la categoría de provincia dependiente del imperio africano, dirigida por simples gobernadores. A la vez, con la venida de los Almohades se consumaba un cambio de raza preparado ya de antiguo y reforzado por los propios Almorávides: el elemento berberisco, tan pujante ya en los últimos tiempos del califato y al que pertenecían los nuevos dominadores, lo absorbió todo, rechazando de tal manera á los árabes puros, que éstos no se atrevían ni á declarar su origen. Desde entonces cabe decir que los musulmanes españoles son casi exclusivamente *mojos*.

223. Guerra con los cristianos.—Como era natural, se encendió pronto la guerra con los reyes de Castilla y de Aragón, que no cesaban en sus correrías, con ánimo de adelantar las fronteras. Los primeros encuentros fueron de resultados variables. Los Almohades vencieron en Atarkines, cerca de Badajoz, en Santarem y otros puntos; pero en cambio pierden varias plazas, como Évora y Cuenca, y son derrotados en Ciudad Rodrigo, Silves, y otros lugares. El rey de Castilla, Alfonso VIII, envió un cartel de desafío—fiado en su poder y en el auxilio de otros reyes—á Yacub, emperador entonces de los Almohades y residente en África (1194). Yacub aceptó el reto y desembarcó en España con numerosas fuerzas, haciendo sufrir gravísima

derrota en Alarcos (Badajoz) á Alfonso VIII, á quien no ayudaron en esta ocasión los aragoneses ni tropa alguna extranjera (1195). Yacub se apoderó, merced á esta victoria, de varias poblaciones, entre ellas Guadalajara, Madrid y Uclés, y en 1198 regresó al África. La guerra continuó, sin embargo; y años después las tropas españolas, reunidos los contingentes de leoneses, castellanos, navarros y aragoneses, alcanzaron el desquite en la memorable batalla de las Navas de Tolosa (16 julio 1212), que fué tremenda y definitiva derrota para los Almohades; pues aunque los cristianos no supieron aprovecharse debidamente de su victoria y el general almohade Abu-Saíd taló al año siguiente (1213) las comarcas de Talavera y Extremadura, fué vencido nuevamente en Febragaen, y los musulmanes no pudieron oponer ya á los cristianos obstáculo serio. La victoria de las Navas fué un suceso capital en la reconquista. De ella parte el engrandecimiento territorial de los reinos españoles.

224. Nueva disgregación de los Estados musulmanes.—

A partir de 1214, aparecen nuevos peligros para la dominación almohade en la Península. Comienza con discordias en la familia imperial por sucesión al trono, sublevándose el gobernador de Murcia, tío del emperador Yúsuf, muerto en 1224; y siguen diferentes sublevaciones de gobernadores y caudillos, que mantienen en grande anarquía, no sólo los territorios españoles, sino los africanos, ayudándoles algunos de los pretendientes de tropas catellanas. Resultado de estos movimientos fué la constitución de varios Estados autónomos y el destronamiento de los Almohades. En Valencia se formó un reino (1228) de escasa duración; en Murcia (1228) otro, que duró hasta 1241 y que con su rey Aben-Hud llegó en 1229 á dominar la mayor parte de la España musulmana; y en Arjona un tercero (1230), que fué al cabo el más próspero. Su soberano, Mohamad-Abu-Abdalá-Alahmar, se apoderó en 1232 de Jaén y fué luego reconocido en los distritos de Baza, Guadix y Granada, fijando en esta última población su corte (1238) y fundando así el reino de Granada, único que había de subsistir por algunos años y cuyo territorio comprendía la cuenca de Sierra Nevada y toda la costa desde Almería á Gibraltar. La dinastía de Alahmar se llamó de los *nasridas* ó *naseiritas* (*nazaridas*), del

nombre de los Ben-Nasr, á que aquél pertenecía. En el entretanto, los castellanos se apoderaban de Córdoba y otros puntos. Mohamad-Alahmar, para que no combatieran, les cedió Jaén (1246), y luego les ayudó con tropas propias á conquistar la plaza y territorio de Sevilla (1248); con lo cual, fuera del reino de Granada, no quedó á los musulmanes otra posesión en la Península, si se exceptúan pequeños núcleos en el S. de Portugal, puesto que las regiones de Aragón y Valencia y las Baleares cayeron también, por entonces, en poder de los cristianos. Veremos, sin embargo, cómo el reino de Granada bastó por mucho tiempo para sostener la guerra, sin que los cristianos lo dominaran hasta dos siglos después.

REINOS DE LEÓN Y CASTILLA

225. Fernando I.—Comienzan las grandes conquistas.—

Vimos ya la división que hizo de sus Estados Sancho *el Mayor* de Navarra (§ 170), merced á la cual se constituyó legalmente en reino Castilla, con Fernando I; y como éste se apoderó luego de León, uniendo así las dos coronas. Para afianzar su dominación, celebró (1050) Concilio en Coyanza (Valencia de Don Juan, hoy), y ratificó allí todos los fueros concedidos por Alfonso V, con lo cual detuvo el descontento de los leoneses, que no miraban con simpatía al vencedor de su rey. Poco después se empeñó en guerra con su hermano García, de Navarra, que pretendía reunir bajo su mando todos los territorios que fueron de su padre. A pesar de la intervención de varios monjes ilustres, como Santo Domingo de Silos y San Iñigo, abad de Oña, que trataron de evitar la fratricida lucha, ésta se empeñó, especialmente por terquedad de García, quien fué vencido y muerto en Atapuerca (1054). Fernando I no se apoderó, sin embargo, del reino de Navarra, sino que lo dejó á un sobrino suyo, hijo de García, y él dirigió toda su actividad á la guerra contra los musulmanes, que había de constituir timbre glorioso de su reinado. Se dirigió primero del lado de Portugal, donde los árabes poseían muchas ciudades, entre ellas la de Viseo, cerca de la cual había conquistado poco antes el cadí de Sevilla dos castillos que formaban un núcleo com-

pletamente independiente desde la época de Muza, quien concertó con sus habitantes un tratado de paz. El rey Fernando se apoderó rápidamente de Viseo y Lamego (1057). Atacó en seguida los territorios musulmanes de Aragón, conquistando varias fortalezas del S. del Duero, y asolando más tarde el N. del reino de Toledo, hasta Alcalá de Henares. Resultado de estas victorias, fué que se declararan tributarios de Fernando I los reyes musulmanes de Badajoz, Toledo y Zaragoza. Años después (1063), se corrió el castellano á las tierras de Sevilla, quemando pueblos y destruyendo cultivos. El rey Motadid (§ 218) se sujetó á pagarle un tributo anual, entregándole, además, el cuerpo de San Isidoro, que estaba enterrado en Sevilla. Al año siguiente (1064) se apoderó Fernando de Coimbra, en Portugal, recogiendo más de 5,000 prisioneros, y en seguida se dirigió contra el rey de Valencia, vencéndolo en Paterna, á tiempo que la fortaleza de Barbastro era tomada á los musulmanes por una tropa de Normandos que había venido de Francia al mando de un tal Guillermo de Montreuil, general en jefe de las tropas del Papa. Fernando no se pudo apoderar de Valencia por caer enfermo, circunstancia que le hizo retirarse á León, donde murió con grandes extremos de religiosidad (1065).

Su política exterior, tan favorable para los intereses españoles, quedó en parte destruida por la inexplicable disposición de su testamento (inexplicable en hombre que, como él, conocía por experiencia propia las funestas consecuencias de dividir el reino), según el cual había de corresponder la corona de Castilla al primogénito de Fernando, Sancho; la de León, á su otro hijo, Alfonso; los territorios gallegos, con cualidad de reino, á García, y á sus dos hijas, Urraca y Elvira, los señoríos de Zamora y Toro, respectivamente.

226. Guerra civil.—Durante dos años y merced á la influencia de la reina madre, hubo paz entre los nuevos reyes y señores que se repartían los Estados de Castilla y León. Muerta aquella (1067), estalló la guerra civil por ambición de Sancho, que aspiraba á reconstituir bajo su cetro la unidad política de Fernando I. Para ello atacó primeramente á su hermano Alfonso, vencéndolo en dos batallas (Llantada y Volpéjar), en

la segunda de las cuales lo hizo prisionero, encerrándolo en un castillo. Alfonso pudo escapar á poco, y buscó refugio en la corte del rey de Toledo, que gustoso se lo prestó. Drigióse en seguida Sancho contra Galicia, destronando también á García, que huyó á Sevilla; volviendo así aquellos tiempos le Sancho *el Craso*, en que los monarcas cristianos iban á pedir hospitalidad y ayuda á los Musulmanes. La ciudad de Top, en que gobernaba Doña Elvira, se sometió á Sancho; pero Lamora se resistió. Púsole sitio el rey de Castilla, y en él fué muerto á traición por un fingido desertor de la plaza, llamado según la tradición, Bellido Dolfos. Así tuvieron fin los proyectos ambiciosos de Don Sancho, aun cuando no acabó la guerra civil; porque si bien Alfonso, que volvió de Toledo, fué reconocido rey por los leoneses y por los castellanos (como heredero de su hermano, muerto sin hijos), para anexionarse á Galicia tuvo que guerrear con García, que vino á recuperar el trono con tropas del rey sevillano. Vencido García, fué encerrado en una prisión, donde murió.

227. La conquista de Toledo.—Así que Alfonso VI hubo reunido bajo su poder los tres reinos separados por su padre, dirigió su actividad á lo que había de ser ocupación gloriosa de su vida: la guerra con los musulmanes. La situación política de éstos era entonces muy crítica y débil (§ 219): la mayor parte de los reyezuelos pagaban tributo á los monarcas cristianos. Con el de Toledo había Alfonso celebrado un pacto, en el cual, como recompensa á la hospitalidad recibida cuando huyó de su hermano Sancho, se comprometía á no hacer la guerra contra aquel reino mientras viviesen el rey Alimón y su hijo mayor. Alfonso no se contentaba, sin embargo, con esta superioridad reconocida, que en nada ensanchaba sus fronteras. Aprovechando la circunstancia de haber ayudado el rey de Sevilla, Motamid, á García, le declaró la guerra, invadiendo sus territorios con fuerte ejército. Motamid, aunque muy poderoso, carecía de fuerza bastante para resistir el empuje de castellanos y leoneses; pero, gracias á la habilidad de su ministro Ibn-Amar ó Aben-Amar, que conocía al monarca cristiano por haber estado varias veces en Castilla, pudo conjurar por entonces el peligro, si bien comprometiéndose á pagar doble tributo. Poco

después, y á consecuencia del pago de este tributo, invadió Alfonso de nuevo las tierras sevillanas, sitió á Sevilla durante tres días, cogió gran número de prisioneros y llegó hasta la orilla del mar, en Tarifa (1082). Entonces metió su caballo en el agua, y cuéntase que dijo estas palabras, reveladoras de sus anhelos políticos: «¡Esta tierra es la última de España, y la he pisado!»

Entretanto, ocurrían en Toledo sucesos que obligaban también á que interviniese Alfonso. Los toledanos se habían sublevado contra su rey, Cadir, príncipe débil, subyugado por el monarca de Castilla, y lo habían arrojado de la ciudad, entregándola al de Badajoz. Alfonso prometió reintegrar en su trono á Cadir, á cambio de tributos crecidos y de varias fortalezas, y así lo hizo (1084); pero no se contentó con el dinero y las poblaciones que Cadir le hubo de dar. Conociendo la flaqueza, del reyezuelo musulmán, aspiraba á hacerse dueño de la misma Toledo, plaza fuerte importantísima, centro insustituible de operaciones militares contra los musulmanes. Alfonso reunió considerable ejército, en el que figuraban bastantes caballeros franceses (entre ellos dos condes de la casa de Borgoña), y sitió la capital después de apoderarse de varios pueblos cercanos, de los cuales uno fué Madrid. El sitio duró poco, no obstante ser Toledo ciudad inexpugnable, dada su estratégica situación, porque el ejército cristiano impedía la llegada de víveres, y el rey Cadir, además, comprendía que era demasiado débil para oponerse á Alfonso. Le pidió, por tanto, capitulación, y ésta se convino en los siguientes términos: Se respetarían la vida y haciendas de los toledanos, que podrían quedarse en la ciudad ó salir de ella, según desearan; no se les haría pagar más que un tributo personal fijado previamente; se les dejaría la mezquita mayor para su culto, y Alfonso se comprometía á poner á Cadir en posesión de Valencia. El rey cristiano hizo su entrada en Toledo el 25 de mayo de 1085, hecho de suma trascendencia para la historia militar y para la civilización de los castellanos. Toledo, no sólo fué desde entonces el centro de la reconquista, desde el cual se pudo atacar perfectamente los Estados musulmanes, sino, á la vez, un centro de cultura notable: de un lado por el contacto más íntimo entre el elemento cristiano y el oriental,